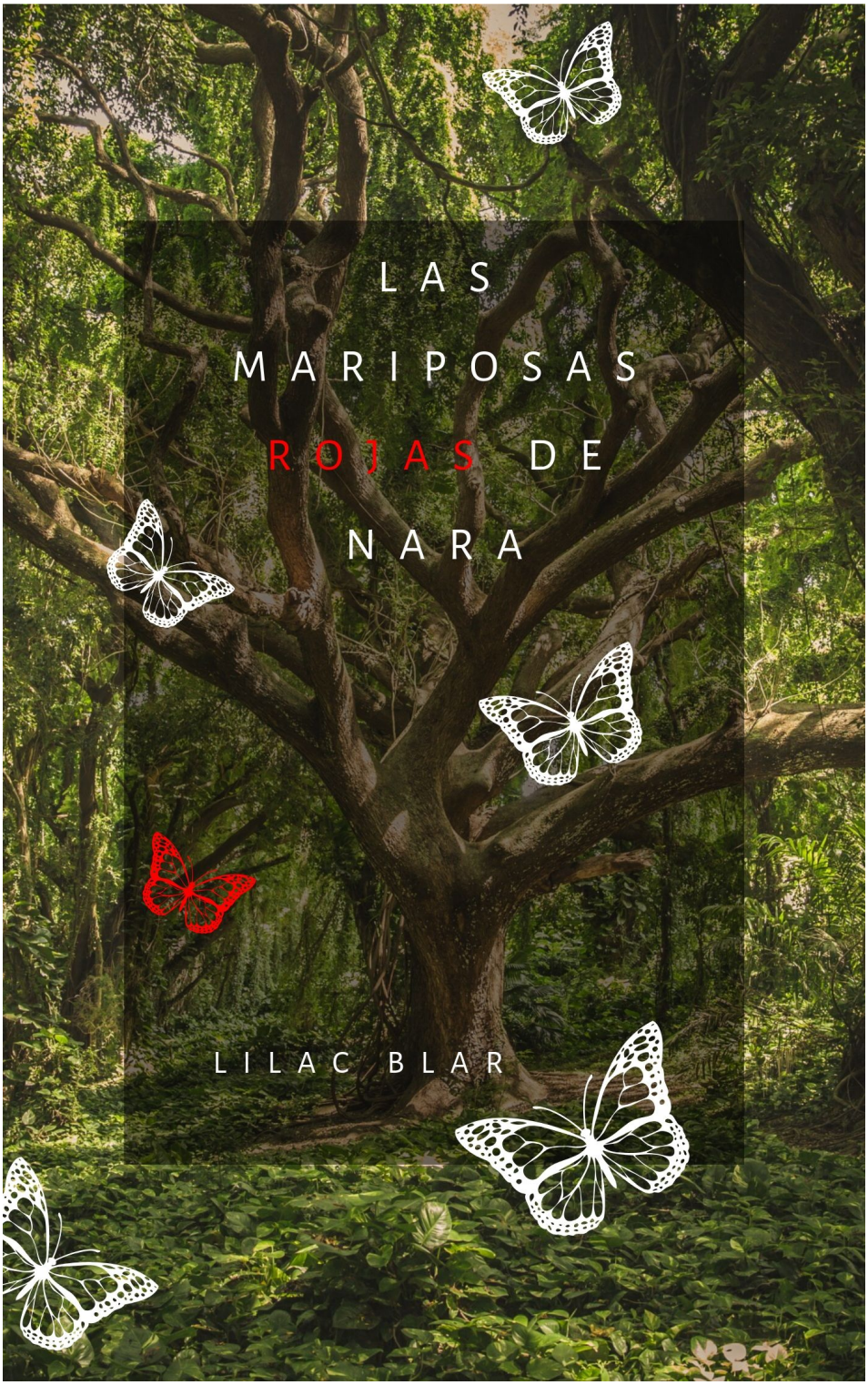
Las mariposas rojas de Nara

Lilac Blar



Capítulo 1

1

La nieve cae del cielo muy despacio y se amontona encima de la barandilla negra.

Ayer cacé un copo y lo retuve en mi mano. Lo sujeté hasta derretirse y se transformó en un charco de agua fría que se escurrió entre mis dedos.

El contorno de la puerta acristalada está empañado y el chasquido de la leña quemándose en la chimenea es el único ruido que se escucha a estas horas de la mañana. Los demás duermen tranquilamente en sus habitaciones, sepultados bajo varias capas de mantas peludas y coloridas que irritan la piel y huelen a humo.

Dispongo de la ocasión perfecta para romper uno de los pactos que hice con mi padre: no ir sola al bosque. Durante mi estancia en Harbour, siempre he aprovechado las mañanas para explorar el bosque y hacer senderismo. Disfruto de una buena caminata bajo los pinos mientras escucho el suave rugido del viento meciendo las ramas de los árboles y arrastrando el perfume de la tierra.

Y por más que ahora me asuste la idea, no puedo evitar echar de menos mi vieja costumbre. Sé que aún hay demasiados cabos sueltos y que resulta peligroso deambular sola en lugares apartados, pero es una necesidad que soy incapaz de explicar con palabras. Al menos no con las palabras adecuadas para convencer a mi padre.

Pero hoy he decidido tentar a la suerte y rebelarme como una niña contra las órdenes del lobo feroz.

Tengo planeado ir a visitar la vieja fuente de piedra situada en la colina a unos cuantos kilómetros de nuestra casa.

Para llegar hasta ahí tengo que atravesar una parte del bosque tomando algunas rutas que no están señalizadas en el mapa. No sabía que existían hasta que un día las descubrí por accidente durante una de mis excursiones rutinarias el verano pasado.

Dediqué días enteros en inspeccionar los restos de los que una vez fueron caminos libres de musgo y malas hierbas. Algunos eran cortos y se vinculaban con otras rutas conocidas, pero la mayoría desaparecían en la nada, como si los responsables hubieran abandonado el proyecto a

medias. O tal vez, la naturaleza y la inevitable corrosión del tiempo se han encargado de borrarlos silenciosamente.

Sin embargo, uno de ellos continúa a unos 15 metros de distancia del punto muerto y desciende hacia la parte más frondosa del bosque, donde se divide en tres franjas que siguen direcciones distintas; oeste, norte y este.

Tracé con un rotulador negro la ubicación aproximada de mis descubrimientos en un mapa que encontré en la revista local del pueblo.

Cerca de la ruta que se dirige hacia el este, se encuentra una fuente considerada patrimonio histórico, construida hace más de dos cientos años. Y si no me equivoco, se alza sobre la colina más alta de la zona. Des de mi habitación, en la parte posterior de la casa, se puede observar como la colina emerge entre los pinos al fondo del paisaje y reclama su presencia en el horizonte.

Preparo mi mochila con todos los suministros que necesito para la travesía: una botella de agua, un termo de café, un sándwich de atún y una barrita de chocolate blanco. El mapa con el rotulador, un paraguas, el móvil con la batería cargada y una brújula.

Una brújula que no se utilizar, pero que me llevo de todas formas.

Antes de salir por la puerta de la cocina tomo un último sorbo de la taza que he dejado abandonada en la isleta de mármol y arrojo dos trozos de madera en la chimenea.

El fuego los engulle rápidamente con un hambre feroz y de él nacen chispas brillantes que ondean por encima de las llamas. Avanzo sigilosamente por el pasillo de la planta baja y me detengo para sacar el abrigo y las botas del armario.

Se puede ver la parte frontal del jardín a través de los barrotes de hierro que protegen las ventanas a ambos lados de la puerta principal. Las piedras que rodean el pequeño estanque artificial han desaparecido bajo la nieve y dos trozos de hielo pasean lentamente por la superficie del agua.

Después de cerrar la puerta con llave, me dirijo directamente hacia el estanque y sacudo la nieve de una de las piedras. Veo el esbozo de mi figura reflejado en el agua mientras me acerco para sacar uno de los trozos de hielo. Mi pelo cae como una cascada sobre mis hombros estrechos y el color oscuro del abrigo contrasta con el gris de las nubes.

Un pequeño gruñido sube por mi garganta cuando las puntas de mis dedos alcanzan el pedazo de agua congelada y lo empujan sin querer

todavía mas lejos. Después de varios minutos intentándolo en vano, me doy cuenta de lo estúpida que debo parecer en este momento.

Vi que mi padre hacía lo mismo hace dos días, cuando la superficie del estanque se había congelado casi por completo. No entendí qué necesidad había de ello, como tampoco lo entiendo ahora. Supongo que me siento culpable por escabullirme sin su permiso y trato de hacerle un favor.

Decido tirar la toalla, pero justo antes de levantarme percibo un destello de color que pasa fugazmente por encima de mi cabeza.

Sorprendida, me giro bruscamente mirando en todas direcciones en busca de lo que sea que haya causado el zumbido en mis orejas, pero no soy capaz de encontrar nada fuera de lo normal en el paisaje matutino cubierto de blanco.

Estudio el cielo por un breve momento. Estudio el estanque. El reflejo de mi silueta contra un cielo descolorido es lo único que veo.

Me acerco tanto a la superficie del agua que soy capaz de ver en su reflejo la peca en mi mejilla derecha.

Tal vez me lo haya imaginado.

De pronto, observo con ojos incrédulos como dos luces parpadeantes aparecen de la nada y quedan suspendidas en el aire.

Me aparto torpemente del estanque y estudio la porción de cielo que cubre el lugar exacto en el que me encuentro. Parpadeo los copos de nieve que se enredan en mis pestañas mientras intento satisfacer la expectativa de ver *algo.*

Solo nubes y más nubes llorando nieve y difuminando el límite entre la punta blanca de los pinos con todo lo demás.

Bajo la mirada de nuevo, confundida.

Noto el leve movimiento de mis cejas frunciendose mientras abro la boca para preguntarle al aire por qué no puedo ver en el aire lo que veo en el agua.

Recorro la mitad del perímetro del estanque con pasos vacilantes. ¿Y si están por *debajo* del agua, y no son el reflejo de nada en absoluto?

Pero hay algo que no se ajusta con las leyes de la lógica que gobierna mi mente.

Inclino levemente la cabeza a un lado y estudio de nuevo estas dos fuentes de luz que parecen *flotar* por encima de mi cabeza.

No tiene ningún sentido que-

Desaparecen. De un segundo a otro. Como si alguien hubiera cerrado el interruptor y la luz se haya extinguido sin previo aviso.

Me quedo inmóvil. Transcurren dos segundos de silencio antes de que un millón de preguntas y teorías formen una cola ante la puerta de la razón.

¿Qué demonios ha sido eso? ¿Es una broma? ¿Me estarán tomando el pelo?

No tengo tiempo de clasificar mis pensamientos ni de resolver ningún enigma.

Por que han vuelto. Y se están expandiendo en algún lugar dentro del espacio tiempo por que sigo sin poder verlas pero sé que existen por que el reflejo en el agua no miente.

Ahora son más grandes que antes. Tienen el tamaño de dos pelotas de básquet y parecen rebotar contra la superfície del estanque.

Todo mi cuerpo se bloquea.

De pronto dejan de moverse. Y salen disparadas hacia el cielo.

Comienzan a dar vueltas como dos torbellinos y descienden bruscamente, deteniéndose muy cerca de mi cabeza.

Levanto los brazos para protegerme de una posible colisión.

Parecen dos soles en miniatura que han bajado a la tierra para deshacer la nieve y dolverle el color al mundo.

Sigo mirando el espejo del agua para seguir sus movimientos, cada vez más erráticos.

Corren y giran y vuelan y bailan. Tiemblan y crecen y empequeñecen y miro sin ver por que no entiendo absolutamente nada.

Mi corazón late frenéticamente y trago saliva. Escucho sus latidos en mi pecho como si estuviera justo al lado de mis orejas.

Estoy debatiendo si entrar en pánico o no.

La confusión entumece todos los sistemas y mecanismos que mantienen mi cuerpo y mi mente unidas.

Las luces siguen reclamando el oxígeno de mis pulmones mientras las sacude un temblor que cambia el pigmento de su luz. Parece que un millón de micro explosiones se están llevando a cabo en algún lugar en el centro de su existencia.

Abandonan lentamente ese lugar entre el dorado y el naranja para sumergirse en la profunidad de un rojo demasiado peligroso y cautivador para existir aquí y ahora.

No hay armonía entre el blanco del mundo que me rodea y el rojo de dos luces que queman sin emanar calor.

El pánico desata mis instintos de supervivencia. Mi cuerpo ya se está moviendo antes de ejecutar las órdenes.

Alguna parte irracional de mi considera que alguna parte irracional de esas luces parecen darse cuenta de mis intenciones.

Empiezan a convulsionar grotescamente, dejando ir un sonido chirriante. Sus movimientos se vuelven cada vez mas rápidos y violentos, sacudiendo y meciendo el agua con tal fuerza que sale disparada en todas direcciones, esparciéndose por el suelo y fundiendo la nieve.

Noto todo el peso de mi cuerpo en los pies y me quedo inmóvil en contra de mi voluntad. El miedo y el terror han paralizado mis piernas y no soy capaz de apartar la mirada de las figuras que retuercen y cortan el agua con una intensidad abrumadora.

Un zumbido ensordecedor resuena en mi cabeza y siento el dolor de dos astillas metálicas clavadas en mis sienes. Me sujeto con ambas manos la cabeza mientras cierro los ojos y dejo ir un grito ahogado de pura agonía. Cuando el zumbido aumenta su intensidad, me doy cuenta de que solo puede significar una cosa: se están acercando.

"Muévete" me suplico a mi misma. "¡Corre!".

- "¿Ada?" una voz ronca me devuelve a la realidad y la presión del aire se rompe en mil pedazos, cientos de cristales minúsculos resbalan por mis mejillas, "¿se puede saber a dónde vas a estas horas de la mañana?"

Me doy media vuelta y casi caigo de bruces contra el suelo. Un ceño fruncido me observa des de lo alto de la ventana del segundo piso. Lleva una bata azul y el pelo alborotado. Las ojeras de color púrpura que se

asoman tímidamente debajo de sus ojos le oscurecen el rostro.

- "¿Qué estabas haciendo?"

Tardo unos segundos en darme cuenta de que estoy jadeando ruidosamente. Mis pulmones han recuperado la habilidad de respirar y me exigen todo el oxígeno que hay en la atmósfera. Mi boca está seca y noto en el fondo de la garganta el desagradable sabor a bilis. Todo mi cuerpo está temblando y mi frente está empapada con un sudor frío y pegajoso.

Disparo mi cabeza en dirección al estanque y escaneo frenéticamente la superfície del agua para ver - exactamente nada.

Trato de hablar, pero al parecer mi boca no puede articular ninguna palabra. Me quedo muda, mirando a mi alrededor con los ojos demasiado abiertos, buscando un peligro invisible.

-"¿Vas a responderme o te quedarás todo el día ahí plantada en el jardín?" Mi hermano levanta una ceja y me mira con impaciencia.

Quiero encontrar mi voz y sacarla de su escondite para gritar las palabras que se han quedado atrapadas en mi garganta.

El frío me envuelve por primera vez en lo que parece ser demasiado tiempo y un temblor se instala en mi espalda y se expande por mi vértebra, sacudiendo los huesos dentro de mi cuerpo.

Ignoro el peso de esos ojos azules que me observan como si fuera un insecto exótico mientras trato de recomponerme.

¿Cómo se supone que debo explicar algo que no entiendo a una persona que cree que estoy loca?

Escondo mis manos temblorosas en los bolsillos mientras trato controlar mi respiración. Siento que el corazón va a explotar en mi pecho.

Escucho un suspiro de impaciencia y mis ojos se disparan sin mi permiso hacia la cara malhumorada de mi hermano. Sacude la cabeza y cierra la ventana con un golpe.

Me pregunto si no habré enloquecido de veras.

Apresuro mi marcha hacia la puerta y al cuarto intento consigo meter la llave en la cerradura. Reúno valor y hecho un vistazo en dirección al estanque. El agua está tranquila y los dos trozos de hielo siguen navegando por su superficie como si nada hubiera pasado. Juraría haber visto como volaban por los aires y desaparecían entre la nieve hace tan

solo treinta segundos.

Cierro la puerta con demasiado fuerza y tomo las escaleras hacia el primer piso. No me detengo para sacarme las botas o quitarme el abrigo. No me molesto en considerar que tal vez esté haciendo demasiado ruido.

Abro la puerta de mi habitación y me encierro dentro. Me deshago de todo lo que llevo encima y me escondo debajo de las mantas alborotadas que hay encima de la cama.

Las luces han desaparecido. Me pregunto donde habrán ido. Me muerdo el interior de la mejilla hasta que noto el sabor metálico de la sangre en mi lengua. Me pregunto si volverán a por mi. Las lágrimas empiezan a brotar descontroladamente de mis ojos y se pierden en un caos de cabello enredado, dejando un rastro de agua salada por mi cuello.

El dolor de cabeza me nubla la visión y me escondo completamente debajo de las mantas. Intento estabilizar mi respiración mientras rodeo mi cuerpo con los brazos. Las imágenes de dos masas distorsionadas y monstruosas aparecen en mi cabeza y se multiplican por momentos. Trato de empujarlas fuera de mi espacio mental. Tengo miedo de pensar demasiado en ello, como si recordándolas pudiera atraerlas de nuevo hacia mi.

Mis párpados empiezan a sentirse pesados y lucho para mantenerlos abiertos, pero no tardo demasiado en dejarme llevar por el cansancio.

Me pregunto en qué instante se torció mi vida para convertirse en una pesadilla.

Capítulo 2

2

- "No me digas que no te parece atractivo."

- "¿El qué?"

- "Qué va a ser, tonta. El nuevo camarero." Biddie toma un sorbo de su chai latte mientras sigue con la mirada a un chico alto que prepara cafés al otro lado de la barra. Va vestido con el uniforme negro de The Pirate's Table y lleva la mitad superior de su cabello recogido en una coleta despeinada.

- "Deja de mirarlo de esa forma, está trabajando."

- "Eh, no estoy haciendo nada malo," dice mientras se inclina hacia delante para pellizcarme la mejilla, "además, creo que está acostumbrado a ser el centro de atención. Hay pocas caras como la suya en Camden."

Aparto un mechón de pelo que acaba de resbalar por mi cara y lo retengo detrás de la oreja. "Creí que estabas saliendo con Olander Pierce."

Biddie deja ir un suspiro y apoya los codos en la mesa, sin apartar los ojos del chico.

- "Estaba. Lo he dejado."

- "No sabía que habíais roto, ¿ha pasado algo?"

Deja ir otro suspiro todavía más exagerado que el anterior y señala con un dedo la dirección general de la barra.

- "Blai. Dicen que se llama Blai."

-"No ignores mi pregunta, ¿Olander te ha hecho algo?"

- "No exactamente. Ah, por cierto, ¿te conté que mi padre encontró una serpiente en la cocina? Me dijo que escapó por la ventana mientras intentaba dispararle con la escopeta."

- "Me parece algo estúpido y poco práctico matar a una serpiente con una escopeta."

- "Lo sé, pero está muy orgulloso de ese cacharro y aprovecha cualquier

excusa para darle alguna utilidad."

Ahogo una sonrisa mientras trato de imaginarme a Óscar Tomlinson, de a penas metro sesenta, con un bigote puntiagudo y una camisa de rosas silvestres persiguiendo a una serpiente por la cocina de su casa con una escopeta en la mano. "No sé qué me preocupa más, que una serpiente vaya paseando por las calles del pueblo o que las ventanas de tu casa estén abiertas con el frío que hace."

Biddie se ríe y toma otro sorbo de su taza.

-"Dejé a Olander hace una semana. Lo quise, pero ya no siento lo mismo. Y... no puedo estar con una persona a la que no llevo en el corazón, ¿sabes?"

Asiento con la cabeza mientras copo la taza de café humeante con ambas manos. La calidez de la cerámica muerde mis dedos y se expande agradablemente por mi piel.

El local está considerablemente lleno. Las mesas están ocupadas de parejas que no dejan de besuquearse cada tres segundos, grupos de amigos riéndose y algún que otro adulto escondido detrás de su portátil.

La pared al lado de nuestra mesa está decorada con un enorme barco de color negro sobre un fondo blanco. Tres figuras pintadas en azul parecen luchar en la cubierta con espadas que doblan el tamaño de cualquier espada real.

Es una cafetería bastante sencilla, la verdad. A parte de la pintura de la pared, lo único que decora el espacio son por lo menos una decena de plantas de plástico y un loro del mismo material dentro de una jaula oxidada que hay en el extremo de la barra.

Sin saber muy bien qué contestar, estrujo mi cerebro en busca de una respuesta que no muestre demasiado mi falta de experiencia en el sector amoroso.

-"Nadie debería forzarse a querer a una persona si el corazón le dice lo contrario. Te mereces ser feliz al lado de alguien al que puedas corresponder, y si Olander no es esa persona, has tomado una buena decisión."

Aunque sus ojos parecen tristes, una sonrisa pícara se asoma por sus labios.

Con una mano se peina dos rizos de color azabache y con la otra pinta sus labios con un gloss de purpurina rosa. Cuando termina, mueve ligeramente la cabeza hacia un lado y susurra "Chico malo a las tres en

punto, ¿tengo algo entre los dientes?"

No puedo evitar sonreír y sacudo la cabeza. Biddie es preciosa. Su cabello es tan largo que le llega hasta la cintura y sus ojos son dos piedras brillantes de color ámbar, coronados por unas largas y gruesas pestañas tan negras como su pelo.

Con una sonrisa coqueta, le pide al camarero que se lleve nuestras tazas vacías y nos traiga la cuenta.

Hablar demasiado sobre lo que nos corroe por dentro no es nuestro estilo. Ella siempre ha sido escueta con sus explicaciones, sin dar más detalles de los necesarios, sin lágrimas y sin ninguna intención de convertir sus problemas en el centro de la conversación.

No me molesta en absoluto. A ella tampoco parece molestarle mi silencio. Nunca me ha presionado para contarle nada sobre mi, a pesar de no haberlo hecho nunca en los años que nos conocemos.

Se supone que una amistad se basa en la sinceridad. En compartir un trozo de tu mundo con otra persona y esperar no arrepentirte luego.

Compartir un trozo de mi mundo con los demás no es buena idea por diversos motivos. El primero y el más importante es que no quiero terminar en un centro psiquiátrico.

Abrirme a alguien representería para la otra persona una maldición en vez de un acto simbólico de afecto.

Biddie es lo más cercano a un amigo que he tenido en mucho tiempo. Y a mi no se me da bien hacer amigos.

Mi oscuridad no encaja con los hoyuelos que hay al final de su sonrisa. Por eso nunca se lo contaría.

Después de pagar, mi mejor amiga y yo nos despedimos con un abrazo. Aún es demasiado pronto para volver a casa, así que decido pasar el resto de la tarde en la biblioteca.

Las calles están mojadas y repletas de charcos que reflejan un cielo azul libre de nubes. La poca nieve que aún no se ha fundido está apilada en rincones oscuros, fuera del alcance de los cálidos rayos del sol.

A pesar del buen tiempo, un frío cortante amenaza con quemarme las

mejillas y las manos descubiertas.

El edificio viejo de ladrillo se encuentra a la vuelta de la esquina, en la intersección que comunica las calles más concurridas de Camden. Dos columnas de estilo jónico sujetan una cubierta triangulada cuyo frontón está decorado por tres figuras de piedra. Un par de alas se asoman por detrás de los cuerpos redondeados de los ángeles, que sostienen pergaminos y plumas en sus manos. Tres escalones de mármol blanco conducen hasta una puerta doble de madera que está ligeramente abierta, indicando el libre acceso al edificio.

La puerta se abre con un chirrido agudo y llama la atención de un hombre que está sentado en un sillón de terciopelo verde.

Dentro, el vestíbulo es frío y algo estrecho. Dos lámparas industriales cubiertas de polvo cuelgan del techo alto de madera. La pared izquierda está decorada con cuadros que reflejan paisajes típicos de Maine: costas de playas blancas y mar revoltoso, bosques con árboles centenarios y lagos de agua cristalina. Es una pena que no hayan ilustrado el terrible clima que saquea los árboles hasta dejarlos desnudos.

Mi favorito es el del acantilado rocoso que protege el bosque de una enorme ola de agua verde y espumosa.

En el fondo de la habitación, unas escaleras de piedra cubiertas por una moqueta escarlata se desdoblan en direcciones opuestas y se dirigen hasta el primer piso. Dos lámparas en forma de nenúfar iluminan los sillones de terciopelo verde que llenan el vacío debajo de los trazos de escalera, donde un señor calvo con gafas está leyendo el periódico sentado con las piernas cruzadas.

Mientras subo las escaleras, hecho una mirada furtiva en dirección al periódico abierto. En la portada aparece la noticia de dos jóvenes desaparecidos cuyos cuerpos han sido encontrados enterrados en la nieve. Al parecer, una tormenta los sorprendió mientras hacían senderismo y no fueron capaces de salir del bosque a tiempo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y me estremezco. Hace tan solo una semana de la inesperada nevasca que cubrió toda la región de blanco. Aún me acuerdo de las nubes negras cargadas de hielo y nieve que el viento empujaba y esparcía furiosamente por el cielo. Nunca había visto algo semejante. La nieve caía a cántaros sobre el tejado de mi casa y se amontonaba contra las ventanas y las puertas. No me sorprende que esos dos desgraciados hayan perecido ante las bajas temperaturas, expuestos como estaban.

Cuando llego delante de la puerta que separa el pasillo de la biblioteca, me fijo en una señora muy alta de aspecto rudo que parece estar

regañando a dos adolescentes al otro lado del cristal.

- "Me trae sin cuidado quien haya empezado. Esto es una biblioteca, no un parque de atracciones. Si vuelvo a escuchar ni que sea vuestra respiración, no volveréis a pisar este lugar durante meses, ¿os ha quedado claro?"

Los dos chavales se esfuerzan para no estallar a risas mientras asientan con la cabeza.

Lleva el pelo recogido en un moño que me recuerda a las bolas de hilo que mi abuela utiliza para tejer las horribles bufandas que me regala cada año por Navidad.

Entro sigilosamente y me escabullo detrás de un estante lleno de libros sobre nutrición y gastronomía. Evitar a Ophelia siempre es una buena opción, especialmente cuando está mas irritada de lo normal. Diviso las escaleras de caracol al otro extremo de la sala, justo al lado de la puerta de los servicios.

Abro mi paso entre las hileras de estanterías y me dirijo a toda prisa hacia la segunda planta.

El olor a madera barnizada me da la bienvenida.

Las tablas de tarima crujen bajo mis pies mientras esquivo mesas y butacas y me dirijo hacia mi escondite. La distribución de los elementos en el espacio es un caos. Las estanterías repletas de libros descoloridos forman amplios pasadizos que albergan espacios independientes en las esquinas, donde butacas y sillas se apilan en forma de círculo alrededor de pequeñas mesas polvorientas.

Todos los muebles son viejos y la mayoría parecen haber sido arrasados y escupidos violentamente por un tornado.

La mayoría de personas se quedan en la primera planta, donde los sofás son nuevos y la señal del wifi llega mejor, mientras las mismas ratas de biblioteca nos reunimos aquí frecuentemente.

Me dirijo hacia el fondo de la sala, donde una mesa coja y dos sillones estrechos quedan atrapados dentro de una pared de libros en forma de L. Dos ventanas medio cubiertas por una cortina dorada iluminan mi pequeño rincón, aislado de la resta del mundo.

Me acurruco en uno de los sillones y rodeo mis piernas con ambos brazos. Dejo que mi cabeza repose encima de mis rodillas y cierro los ojos por un

momento.

Un grupo de personas hablan animadamente al otro lado de la habitación. Están teniendo un debate sobre si utilizar el tenedor en lugar de palillos en un restaurante japonés representa una ofensa contra la cultura japonesa. En mi opinión, a los dueños del restaurante les da bastante igual mientras tu tarjeta de crédito funcione.

Unos pasos ligeros y rápidos se aproximan por el otro lado de la estantería y con un movimiento brusco devuelvo mis pies al suelo. Un segundo después, una cabeza gris se asoma por el hueco de la entrada y me sonríe.

-"Oh, Ada, no sabía que estabas aquí. No te he visto entrar."

Escondo un mechón de pelo detrás de la oreja mientras le devuelvo la sonrisa.

-"He llegado hace apenas unos minutos," le respondo mientras estudio la pila de libros que se balancea entre sus brazos. "A dónde vas con todo eso?"

Damien entra en el pequeño espacio y coloca torpemente los libros sobre la mesa. Antes de contestar, hurga en su bolsillo trasero y saca un papel.

-"Vengo a guardar algunos en su sitio." Despliega el papel y lo sacude tímidamente con una mano, mostrando una lista de letras garabateadas en tinta azul.

Las dos plantas que estructuran la biblioteca requieren de dos personas para mantenerlas en orden. Aquí, en la segunda planta, Damien vigila las lenguas charlatanas y preserva la naturaleza caótica del espacio.

Bajo nuestros pies, Ophelia se dedica a lo mismo pero con mucho más éxito que Damien. Una mirada de la vieja bibliotecaria tiene el poder de silenciar hasta las bocas más valientes.

Damien se mueve suavemente de un lado a otro mientras acomoda los libros en sus lugares correspondientes. Hecha un vistazo a la lista arrugada de vez en cuando y escribe algunos garabatos en la parte superior de la hoja.

Rápido y eficaz, encuentra el hogar de media docena de libros en apenas un minuto, antes de tomar asiento en el otro sillón con un suspiro.

Un silencio incómodo se instala sigilosamente en el aire mientras examina las páginas amarillentas de algunos de los libros que todavía están en la

mesa.

No me molesta su presencia, pero preferiría que terminara su trabajo cuanto antes y me dejara sola entre estas casi cuatro paredes.

No me considero una criatura muy sociable. Hablo lo estricamente necesario, asiento y sonrío según lo exija la conversación, y mantengo mi boca cerrada todo lo posible.

Pero Damien... me arrastra fuera de mi zona de confort de una manera formidable.

Con su media sonrisa pegada en la cara y bajo el escrutinio de su mirada atenta, me plantea todo tipo de preguntas y cuestiones, estrechando la conversación como si nuestras palabras fueran de una goma muy flexible que no puede romperse por más que las moldee.

A veces es tan frustrante que me gustaría fusionarme con el sillón y formar parte del mobiliario para volverme invisible y desaparecer.

A pesar de mi incomodidad, la parte más resiliente de mi se lo toma como un desafío. Un ejercicio mental, para mantener activos los engranajes de mi cerebro.

Nunca admitiria honestamente que en el fondo agradezco su esfuerzo. Aunque sea solo un poco.

Como si supiera qué tipo de pensamientos corretean por mi cabeza, levanta la mirada por encima de las gafas y me dedica otra de sus sonrisas.

- "Te noto muy callada, ¿te sucede algo?"

Parpadeo una vez. No estoy muy segura de cómo contestar. Así que esta es la pregunta estrella con la que inicia nuestra charla de hoy. Genial.

- "No, estoy bien. Gracias."

- "¿Necesitas ayuda con algún libro? Si quieres, puedo darte alguna sugerencia."

-"Me compré uno la semana pasada, así que por ahora estoy entretenida." Dándome cuenta de lo tajante que habrá sonado mi respuesta, me apresuro en añadir, "Tal vez cuando lo termine, si quieres, podrías recomendarme un par de obras de... Agatha Christie."

En realidad, leer es la última cosa que me apetece hacer ahora mismo. Hoy no he venido a perderme en otros mundos, he venido a esconderme.

De qué, exactamente, no sabría decir.

Debería anhelar los momentos en los que los miembros de mi familia abandonan la casa y la dejan a mi disposición, libre para pasearme en ella tanto como desee sin sentir la incómoda sensación de que estoy haciendo algo malo. Sin embargo, el cosquilleo de la incertidumbre pellizca mi estómago cada vez que no se escucha nada mas que el tic tac del reloj y el motor del coche alejándose.

No suelen dejar la casa vacía, especialmente si eso implica dejarme sola dentro de ella. Aún así, cuando el deber y la responsabilidad llaman, es imposible rechazarlas. Y últimamente el destino, más caprichoso de lo normal, se empeña en fastidiarme más que nunca.

Cuando no queda más remedio que comerme mi propio miedo a pedacitos, salgo de mi habitación como lo hace un ciervo herido; con miedo a que el león decida volver a por él y terminar lo que ha empezado. Me arrojo desesperadamente sobre los interruptores y enciendo todas las luces que están a mi alcance. En cuestión de minutos, mi casa parece un árbol de Navidad que serviría el propósito de un faro si no fuera por el bosque que se interpone entre la propiedad y el mar.

En compañía del silencio, trazo con mis dedos las molduras de las paredes y recorro los pasadizos como si estuviera en un museo que visito por primera vez. Inspecciono las habitaciones y me aseguro de que todas las puertas y ventanas están bloqueadas. También me aseguro de llevar encima el móvil y la navaja oxidada que encontré hace unos días mientras ordenaba el viejo cobertizo.

Todos mis esfuerzos junto la nueva alarma de seguridad y las cámaras que vigilan los accesos a la casa no consiguen reconfortarme en absoluto. Por que lo que nos amenaza va más allá de lo que existe, y aún no he encontrado el método para protegerme de algo que no entiendo.

Además, la inquietante experiencia del día anterior no ha hecho más que aumentar los niveles de Cortisol en mi organismo. Esas cosas brillantes que sacudían el agua han dejado una huella en mi memoria y ahora no puedo evitar sentir un cosquilleo en la nuca que me pone los pelos de punta.

¿Qué eran aquellas luces?, peor aún, ¿cómo es posible ver reflejada la imagen de algo que no *está*? Porque a menos que haya perdido capacidad visual – mucha capacidad visual – no había nada más que las nubes a lo alto del cielo y algunos copos de nieve que se paseaban en el aire.

Ayer por la tarde me desperté con mi padre sentado a mi lado. Recuerdo que después de que Elián me encontrara de pie en el medio del jardín, subí corriendo a mi habitación y busqué cobijo debajo de las sábanas.

Recuerdo que estaba aterrorizada, y después, nada más.

La expresión de mi padre era de pánico mientras me sacudía con fuerza y llamaba mi nombre a gritos. El corazón casi me dio un vuelco cuando me desperté bruscamente, sin tener la menor idea de qué estaba pasando. Me sentía desorientada y tenia náuseas, además de estar sorprendentemente agotada.

La habitación parecía un cuadro de colores fundidos mientras el sol se escondía detrás de los pinos.

Mi padre me retuvo en sus brazos durante un buen rato antes de soltarme. Sus manos temblorosas me ayudaron a incorporarme en la cama y apartó un mechón de pelo que se había enredado en mis pestañas. Tomé sus manos entre las mías y pensé en un millón de palabras para tranquilizarlo, pero el dolor de sus ojos fue suficiente para ahuyentar mi voz y llenar mi garganta de nudos.

La mente es frágil como el cristal. Y el miedo, el golpe que la quiebra. Y esto es solo la punta del iceberg. Si fuera capaz de ver lo que se esconde bajo el mar, sé con certeza que no podría soportarlo. Que enloquecería, como estuvo a punto de hacerlo ella.

- "Ada"

Damien me observa con las manos cruzadas sobre el regazo, y por la manera en la que arquea una de sus cejas me doy cuenta de que está esperando. Una respuesta, tal vez, sobre lo que sea que me haya contado mientras me alejaba en una nube.

-"¿Estás ahí dentro o debería buscarte en otro lugar?"

Trato de disimular una sonrisa mientras juego con mis dedos por debajo de la mesa.

- "Definitivamente estoy aquí." Dejo ir un suspiro. "Perdón, esta noche no he dormido muy bien y estoy un poco cansada." En realidad no he pegado ojo en toda la noche.

Apoya los codos encima de la mesa y entrelaza los dedos por debajo de la nariz, tapándose la parte inferior de la cara con las manos. Me estudia en silencio durante unos segundos y luego aparta la mirada. Hecha un vistazo al reloj digital que rodea su muñeca derecha y se rasca la frente mientras se levanta de su sillón.

Me pregunto en qué estará pensando y por qué no me lo ha contado todavía. En los últimos días ha estado comportándose de manera extraña,

y eso me pone nerviosa.

A veces nuestras conversaciones se alargan demasiado y terminan en un callejón sin salida. Se empeña en mantenerme hablando sobre cualquier cosa mientras me mira con un no se qué en sus ojos, como si tratara de ver más allá de mis huesos.

Al principio no le di importancia, pero está claro su actitud cambia en cuanto aparezco por la puerta y me irrita no saber qué demonios tiene que ver conmigo.

-"Deberías tomarte un té por las noches. Tal vez te ayude a conciliar el sueño."

- "Perdón por lo de antes, de veras. Y gracias por el consejo, probaré lo del té." Parece cansado. No me había dado cuenta de las ojeras verdosas que se esconden detrás de las gafas.

Tal vez él mismo debería aplicar su propio consejo.

-"No te preocupes por eso, a todo el mundo le sucede de vez en cuando. Por cierto, antes de irte me gustaría que pasaras un momento por recepción. Quiero enseñarte algo."

Antes de poder contestarle, se despide con una sonrisa que más bien parece una mueca y desaparece rápidamente por el laberinto de estanterías.

Hace unos cuantos años el dueño de la mansión Harbour falleció debido a un paro cardíaco que nos sorprendió a todos. Alto, robusto y con una sonrisa encantadora, nadie hubiera pensado que la muerte se llevaría tan pronto al cabeza de familia y director del Hospital General de Portland.

Mi abuela se quedó con todas sus propiedades y riquezas, pero no pasó mucho antes de que decidiera retirarse a una residencia en Canadá, lejos de su familia y de las responsabilidades de su apellido. Clare Wilhem cedió gran parte de su derecho a la herencia de su marido para confiársela a su hijo, y luego no supimos nada más de ella durante unos meses.

A diferencia de Elián, papá no tuvo opción en lo que respecta trabajar en el hospital de su padre. A los dieciocho años, lo enviaron a una de las universidades privadas más prestigiosas del país para que estudiara y aprendiera la profesión.

Después de todo, era lógico que el único hijo del gran Grayson Wilhem tomara la dirección del hospital al retirarse su padre.

Mis padres decidieron hacer de Harbour nuestra segunda residencia y a partir de entonces veníamos todos los veranos a pasarlos aquí, en Camden. Pensaban que era sano alejar a sus hijos de la contaminación y el ajetreo de la ciudad, pasar más tiempo en familia.

Nunca me opuse, a diferencia de mis hermanos. No tenía nada que echar de menos mientras vivíamos escondidos como una tribu salvaje en medio del bosque- como solía decir Ivor.

Cuando no estaba en el bosque, tenia un libro entre las manos. Pasaba horas acurrucada en la misma butaca en la que estoy ahora, con mi novela apoyada sobre las rodillas.

Cuando conocí a Damien su pelo era del dorado más oscuro y aún no llevaba gafas. Fueron buenos amigos con mi padre en su juventud, pero él no tuvo la suerte de crecer en una familia adinerada. Sus padres eran pescadores y tenían una pequeña embarcación llamada Blue Diamond con la que peinaban la costa cada día. Vendían el pescado fresco a la cadena de restaurantes Sanders, cuyas franquicias están distribuidas por toda la costa oeste.

No sé mucho más acerca de su vida a excepción de que fue becario en una universidad de Boston y que estudió filología. Estuvo mucho tiempo fuera de Camden y volvió un año antes que mi familia y yo decidiéramos venir al pueblo durante los veranos.

De nuevo sola, estudio el lomo de los libros que hay en las estanterías que me rodean. Algunos son tan desgastados y viejos que a penas se puede entender el título.

Los libros en si parecen desordenados a pesar de su estratégica posición. Libros pequeños y grandes de tapas gruesas y delgadas se mezclan indiscriminadamente a lo largo de los estantes. La mayoría de ellos están cubiertos por una fina capa de polvo, olvidados des de hace años en los estantes más altos del mueble.

Escojo uno de los libros que Damien ha devuelto a su lugar hace unos minutos y estudio la tapa. Es un ejemplar del séptimo libro de La República de Platón. En la mitad inferior de la tapa hay un edificio similar al Partenón griego sobre un fondo azul eléctrico.

Decido darle una oportunidad a la filosofía platónica para distraer mi mente mientras mi padre termina sus últimas tareas en el hospital. No es un libro que elegiría normalmente, pero me da demasiada pereza ir hasta la sección de fantasía y rebuscar entre los libros.

Al abrir el libro, el olor a tinta y papel me llena la nariz.

Capítulo 3

3

"Exijo una explicación," su voz temblorosa llenando el silencio, "no puedo quedarme de brazos cruzados, Kent.”

Un ruido en el pasillo capta su atención y hecha un vistazo a la puerta cerrada del despacho. Los músculos de su espalda se llenan de tensión y sus labios se juntan formando una línea fina. Una chispa de miedo atraviesa sus ojos mientras se acerca cautelosamente a la puerta y echa el pestillo.

"No entiendo qué es lo que se supone que no debería saber," un suspiro impaciente escapa por sus labios mientras levanta una mano en el aire, gesticulando furiosamente, "estoy harta de que me hables con metáforas y de que me respondas con estupideces, quiero que me cuentes la verdad y quiero que lo hagas ahora mismo."

La cabeza me da mil vueltas y mi estómago amenaza con devolver sus contenidos encima de la alfombra de poliéster azul marino que viste el suelo de la habitación.

La voz al otro lado del teléfono no es más que un murmullo en la lejanía.

“Si no estuviera segura pensaría que estoy loca, que ambas lo estamos, pero tú también lo sabes y no quieres reconocerlo,” se apoya en el escritorio de caoba, todo su cuerpo temblando, “estoy harta de tus mentiras, hace años te pregunté la razón por la que decidiste renunciar a ella y no fuiste sincero conmigo. Tus secretos están destrozando a mi familia y ni siquiera tienes la cara de admitirlo. Tu y yo tenemos algo en común, algo por lo que moveríamos cielo y tierra para proteger, y no entiendo tu actitud dada la situación, ¿por qué demonios no haces *nada*?”

Observo la escena des de una esquina, inmóvil, con los pies clavados en el suelo. Mi boca formula palabras, cosas que me gustaría decir antes de que su imagen se esfume, pero no escucho mi voz por ninguna parte.

Me muerdo el labio inferior mientras contengo un mar de lágrimas saladas que me queman los ojos. Quiero cerrar la distancia que separa mi cuerpo del suyo y abrazar esa figura delicada y esbelta que ahora se mueve por toda la habitación, gritándole a su interlocutor.

Trato de concentrarme en la escena, de retener cada sílaba de cada palabra que sale por su boca, pero siento mi cuerpo – mi estómago- en

caída libre, como si me hubiera tirado des de un avión directo al vacío.

“Quiero hablar contigo en persona, ¿hay algún lugar donde podamos encontrarnos?” su voz casi tan fría como la expresión de su cara. Coge un papel y escribe algo en tinta negra y luego lo esconde en el bolsillo interior de la americana. “Estaré ahí sin duda, y espero verte a ti también. Una última cosa, Kent,” una advertencia, una amenaza disfrazada de advertencia, “si algo le sucede a alguno de mis hijos por tu culpa, voy a hacértelo pagar tan caro que temerás al oír mi nombre incluso cuando estés cuatro metros bajo tierra.”

Cuelga el teléfono sin esperar ninguna respuesta y deja ir un par de respiraciones entrecortadas. Aunque trate de mantener la compostura, sé que está lejos de sentirse segura de sí misma.

Después de un breve silencio dirige sus pasos hacia la puerta y antes de salir estudia la habitación por encima de su hombro. Su mirada se pasea por las paredes empapeladas que solía ensuciar con mis rotuladores hace años, cuando la ternura de mi inocencia me salvaba de ser castigada por mis padres. Estudia las ventanas, los sillones de seda y las vitrinas impecablemente ordenadas.

Su mirada se encuentra con la mía y sus ojos han tomado la forma del miedo. El contacto visual se rompe en menos de lo que tarda el corazón en latir una vez y lo único en lo que puedo pensar es en la crueldad de ese gesto.

Quiero gritar, patalear, correr. Quiero detenerla antes de que salga por esa puerta, antes de que ésta se convierta en la segunda última vez que vea esos ojos azules, pero todas mis súplicas se pierden en un aliento y no queda nada más que el eco de un golpe seco y el sonido de sus pasos alejándose de mi.

Escondida detrás de una kentia de plástico, mi corazón, encogido y marchito en su jaula de hueso, empieza a palpitar con fuerza. Hay demasiadas preguntas, demasiadas cosas que no entiendo. Mi cabeza es un cúmulo de nudos, de recuerdos incoloros, de voces que escuché y de lugares a los que fui que se intercalan y se mezclan y terminan en un pozo de caos y sangre.

Una fuerza helada me empuja hacia atrás y mi cuerpo sale disparado sin oponer ninguna resistencia. Me hundo en la nada mientras el mundo se reduce a cenizas y desaparece en la oscuridad.

Me despierto bruscamente, dispuesta a levantarme y salir corriendo o enfrentarme a cualquier peligro que me aceche des de las sombras, pero un par de ojos verdes me arrebatan el oxígeno y la oleada de adrenalina abandona mi cuerpo tan rápido como ha llegado. Una mezcla de grito y sollozo sube por mi garganta y la mano que estaba tan solo a unos centímetros de mi hombro retrocede sorprendida.

Rápidamente, tomo el libro que reposa abierto sobre mi regazo y lo lanzo con todas mis fuerzas hacia el cuerpo que acaba de dar un salto hacia atrás, pero lo atrapa en el aire mientras deja ir un gruñido bajo su aliento.

Me quito una bota y la levanto por encima de mi cabeza con la intención de enterrarla en su cara, pero antes de poder actuar arroja el libro en dirección a mi mano y el impacto contra mis dedos me obliga a soltar el zapato.

Me froto los dedos adoloridos mientras calculo la distancia que me separa de la salida. La fuerza que tomaría empujarlo del medio de un golpe-

-”i¿Estás loca o qué demonios te pasa?!”

Su expresión es una mezcla de sorpresa y furia mientras me observa como si no terminara de creerse lo que acaba de suceder. Un rizo sobresale por encima de su cabellera despeinada y los dos primeros botones de su camisa están desabrochados, mostrando un fragmento del collar que lleva medio escondido bajo la tela. Parece una especie de árbol plateado con detalles dorados y verdosos incrustados en la copa, simulando las hojas de las diminutas brancas grabadas en la plata.

Abro la boca para responder, pero me interrumpe mientras se pasa las manos por la cabeza y agarra una parte de su cabello en una coleta, “¿Así es como acostumbras a saludar a la gente, tirandoles el zapato en la cara?”

-”i¿Qué harías tu si te despertaras con un desconocido prácticamente encima tuyo?!” Desearía que mi voz fuera un poco más áspera, un poco más dura, pero hay cosas más importantes en las que debería estar pensando en lugar de discutir con un acosador en la biblioteca. No tengo tiempo para esto.

-”Para empezar, he amanecido muchas veces con desconocidos en mi propia cama y nunca se me ha ocurrido ahogar a nadie con la almohada.”

Después de dirigirle una mirada llena de veneno, deslizo mi pie dentro de la bota y trato de ignorar el dolor latente que se ha expandido por mi mano. Respiro profundamente un par de veces para calmar mis latidos.

Parece que mi corazón quiera escapar por mi boca.

-”¿Quién eres y qué estabas haciendo, exactamente?”

-”Si no te lo digo, ¿vas a quitarte la blusa y vas a estrangularme?”

El chico me mira impasiblemente, apoyado en la estantería, con una sonrisa irritable de superioridad. Contemplo la posibilidad de estrangularlo con mis propias manos. ¿Quién se ha creído que es?

Más allá de parecer un completo idiota, realmente no aparenta ser ninguna amenaza. Definitivamente me he enfrentado a cosas peores. Aún así, no bajo la guardia mientras acerco mi bolso y saco el móvil con la otra mano.

No tengo llamadas perdidas ni mensajes sin contestar en el buzón. Los números en el extremo de la pantalla indican que falta poco menos de veinte minutos para las ocho. Papá no tardará mucho en llegar.

Decido no montar un escándalo. Todo el miedo ha desaparecido y ahora mismo noto mi cuerpo tan pesado que a penas podría defenderme si algo saliera mal.

A sus espaldas, las cortinas se mueven ligeramente por la brisa que se filtra por las grietas del marco de las ventanas.

En el horizonte aún quedan las últimas huellas del sol; una pizca de naranja se extiende en una línea fina y se desvanece en el color púrpura de los azafranes. La resta del cielo está cubierto por la tonalidad más oscura del azul, decorado con pequeñas estrellas brillantes.

Una luna amarillenta se asoma por encima de los edificios y distingo la silueta de un gato saltando de un tejado a otro.

-”¿Y bien?”

-”Veo que aún sigues aquí. ¿No tienes otra gente a la que acosar mientras duerme?”

Una risa escapa por sus labios.

-”¿Disculpa?”

Levanto la vista y me encuentro con esos ojos increíblemente verdes estudiándome de pies a cabeza.

-”¿De verdad crees que te estaba acosando?”

-”¿Qué otra cosa podrías estar haciendo?”

-”Vaya, nunca creí que llegaría el día en el que asumiría el papel del acosador. Normalmente la víctima soy yo, sabes.

-”¿Y por qué haría alguien algo así?”

Levanta las cejas y una sonrisa burlona se apodera de sus labios. Se apunta a sí mismo con un dedo y responde, “Es bastante obvio, pero si quieres puedo darte una pista.”

Pongo los ojos en blanco mientras me visto con la chaqueta y le echo otro vistazo a la pantalla del móvil. “Eres un engreído.”

-”Y tú una arrogante.”

-”Oh, así que soy arrogante.”

-”Sí, lo eres, y la próxima vez que decidas echarte una siesta asegurate de mantener tu boca cerrada. Tus balbuceos se escuchaban des de la otra punta de la sala.”

Noto como mi cara enrojece con el color de la vergüenza y la ira. Debería haberle tirado la bota. Y la butaca. Y una estantería.

-”Eso no es verdad.”

-”Claro que lo es, ¿por qué debería mentirte?”

-”Porque eres un acosador al que le han pillado en el acto.”

-“¡No soy ningún acosador! Creí que no había nadie más en esta planta hasta que te escuché lloriquear, y como no parabas de hacer ruido seguí tu voz con la intención de pedirte amablemente que guardaras silencio. Pero cuando te encontré vi que estabas dormida en esa butaca y no sabía qué hacer. Quise irme, pero cuando me fijé en tu cara me dio la sensación de que estabas adolorida. Es estúpido, lo sé, pero pensé que tal vez sería mejor despertarte.” Se pone las manos en la cintura y frunce el cejo, “De haber sabido que me tirarías un zapato y que me llamarías acosador, no lo habría hecho.”

-”Técnicamente solo te he tirado un libro, el mismo que has utilizado para golpearme la mano.”

Me acaricio la mano adolorida instintivamente. Mis dedos están cubiertos por moratones y pequeños rasguños con sangre seca. Jamás pensé que el

impacto de un libro contra la piel pudiera causar tanto destrozo.

Desvía su mirada hacia mi mano y deja caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo. Cierra la distancia que nos separa en dos zancadas y toma mi mano con delicadeza, examinando el daño de mis dedos. “No era mi intención herirte, y espero que entiendas que tampoco podía permitir que me hirieras a mi.”

La expresión de su cara da mucho que desear. Soy incapaz de ver el rastro de cualquier emoción o pensamiento que pueda reflejarse en la comisura de sus labios o en la profunidad de sus ojos. Actúa con normalidad, como si estuviera acostumbrado a este tipo de situaciones y examinar la mano de sus víctimas fuera parte de su rutina cuotidiana.

-”No importa, déjalo.” Aparto la mano y doblo mis dedos para comprobar hasta qué punto puedo moverlos sin desmayarme del dolor. No creo que me haya roto ningún dedo.

Observo al chico, que ahora está de pie delante mío en silencio. Si es capaz de tirar un libro con tanta fuerza y lograr herirme de este modo, no quiero saber qué puede conseguir con un puñetazo o una patada.

Por primera vez, me detengo a mirar a la persona que tengo en frente. A *verlo* de verdad.

Tanto su camisa como sus pantalones son negros y una mancha grisácea se extiende por la fábrica de sus tejanos, justo por debajo de la cadera. En algun lugar entre la oscura tela de su camisa, el colgante plateado se asoma tímidamente, guiñando cada vez que un rayo de luz lo apunta directamente.

Su cabello es una selva de ondas que se detienen justo encima de sus hombros. Sus facciones son marcadas; pómulos altos, barbilla cuadrada y mandíbula definida. Su figura es esbelta, algo musculada, y me saca por lo menos una cabeza.

Parece el típico matón de instituto por el que las chicas se derriten. El típico imbécil engreído con el que no se puede hablar sin tener la sensación de que le hablas a una pared.

Lo más increíble de su cara son sus ojos. Pequeñas chispas doradas de luz los atraviesan cuando mueve su mirada hacia los lados. Sus ojos me recuerdan a la primavera, al perfume de la hierba y de las ojas de los árboles bañados en la cálida luz del sol.

Los suyos son fácilmente los ojos más maravillosos que he visto en toda

mi vida.

Parece darse cuenta de la mirada analítica que lo estudia de pies a cabeza y su boca recupera la sonrisa burlona de antes.

Una ola de lava baja por mis orejas y se extiende sobre mis mejillas. Me pregunto si le habré hecho sentir incómodo.

Espero no haberle dado la impresión equivocada; lo último que quiero es que piense que ha ganado otro miembro en su grupo de fans.

Su voz, suave como las espinas de un cactus, interrumpe el incómodo silencio que ha llenado el vacío a nuestro alrededor.

-”Bueno, ha sido un honor conocerte pero tengo cosas que hacer, gente a la que acosar.” Se da media vuelta y añade, “asegúrate de poner algo frío encima de eso.” Mueve su barbilla hacia mi mano derecha y desaparece sin más por el otro lado de la estantería.

Hay algo familiar en sus movimientos, en su voz, que no soy capaz de descifrar. Tengo la sensación de que lo he visto antes en algún lugar, pero descarto la posibilidad inmediatamente. Me hubiera acordado de sus ojos.

Dejo ir un bufido. Debería haber sido más dura con ese chico. Debería haberle dicho que no vuelva a acercarse a mi por ninguna razón.

Soy una estúpida.

¿Como se me ocurre quedarme dormida en la biblioteca, en un espacio público? La aparición de un energúmeno como ese es lo mejor que me hubiera podido pasar. Otra persona hubiera podido robar mis pertenencias o aprovecharse de mi vulnerabilidad. Peor aún, las sombras hubieran podido pillarme desprevenida y hacer de mi lo que quisieran.

Un escalofrío sacude mi cuerpo. Hubieran podido hacer de mi lo que quisieran.

Trato de apartar la proyección mental de mis palabras y apresuro mis pasos hacia la misma dirección por la que ha salido el chico.

Todas las lámparas están encendidas. Los candelabros viejos de cristal no contribuyen demasiado en la iluminación del espacio, pero son uno de los elementos que mantienen el carácter del edificio, juntamente con las molduras de las paredes o las figuras esculpidas que hay en la madera de algunos muebles. Es fácil imaginar lo radiantes que fueron en su día. Como la luz de sus diminutas bombillas penetraba el cristal y creaba destellos plateados y brillantes que iluminaban hasta los rincones

más oscuros de la sala.

Ahora el cristal ha tomado un color amarillento sucio que en lugar de permitir el paso de la luz, parece retenerla dentro de las pequeñas esferas de vidrio que decoran su estructura.

Hay varias lámparas modernas alineadas a lo largo de la pared, colocadas en el espacio que hay entre las ventanas, la única fuente de luz efectiva que queda cuando se esconde el sol.

La idea de estar en lugar poco iluminado me pone los pelos de punta, pero la familiaridad que desprende el perfume de los libros y la forma de los muebles me inspira la ilusión de una falsa confianza que se esfuma en cuanto salgo por la puerta.

A pesar de estar acostumbrada a la penumbra del lugar, no puedo evitar percibir un cambio en el aire, la extraña sensación de vacío en el estómago.

El crujido de mis pasos sobre las tablas de madera es el único ruido audible en la sala. No hay ningún rastro de murmullos o de voces. Ni siquiera el eco de una risa ahogada. Tampoco me he encontrado con nadie durante los breves segundos que me ha tomado llegar hasta la recepción del segundo piso.

Si no me equivoco, ese chico dijo que mis balbuceos se escuchaban des de la otra punta de la habitación.

No puedo evitar sentir una punzada de verguenza al recordarlo.

Eso signfica de debe de estar por esta zona. Tal vez siga por aquí, con esa mueca de superioridad pegada a su cara.

Pero sigo sin escuchar ningún sonido a parte de mi respiración nerviosa.

Contemplo la posibilidad de ser la única persona que queda en esta planta y me esfuerzo por detener la risa histérica que sube por mi garganta.

La silla de Damien está vacía.

Un montón de carpetas y papeles se amontonan al lado de un ordenador, y a parte de un par de bolígrafos y una grapadora vieja y oxidada, no hay ningún rastro de él o de la “cosa” que quería enseñarme. O al menos, eso creo. Conociendo al bibliotecario, es muy probable que quiera recomendarme un libro. Alguna recopilación de las historias de Poe, tal vez.

Me solían encantar sus historias de terror y la habilidad del escritor para cautivar mi atención hasta el final.

Pero ya no leo ese tipo de cosas.

Aún así, Damien siempre me avisa de la llegada de nuevos libros, especialmente los que tienen un cuervo en la portada.

Dejo ir un suspiro tembloroso y hecho un vistazo rápido a mi alrededor. No consigo ver ninguna cabeza asomándose por los pasillos que hay detrás de mi. Tampoco logro escuchar pasos acercándose o voces cuchicheando en las esquinas.

Sola.

De pronto, la temperatura desciende unos cuantos grados y un frío gélido se apodera de la sala y muerde mis mejillas y las puntas de mis dedos nerviosos.

La oscuridad, silenciosa y muda, parece engullirlo todo lentamente. Des de los muebles hasta los cuadros de las paredes y las claraboyas del techo. El rugido de una ola aproximándose resuena en mis orejas y gotas de sudor frío han empezado a descender por mi espalda.

Dentro de la oscuridad, las tinieblas parecen tomar vida propia y unas masas todavía más sombrías que la propia oscuridad se arrastran por el suelo y por las estanterías, por las paredes, subiéndose encima de las mesas, sumergiéndolo todo en una negrura implacable. Una negrura que te hace dudar sobre si aquello que has visto desaparecer ha estado alguna vez ahí en primer lugar.

Un cosquilleo se apodera de mi estómago y apresuro mi paso hacia la salida. Cualquier pensamiento racional queda inhabilitado por el terror. El miedo me consume, hace que la sangre se hiele en mis venas y que mi voz me abandone por completo. Aún así, y por más que odie admitirlo, sé de sobras lo que tengo que hacer, y lo último que podría ayudarme en esta situación es seguir inmóvil y congelada sobre mis pies.

Correr es el único método efectivo que tengo para enfrentarme a las sombras.

Bajo las escaleras de caracol a toda prisa imaginándome el aliento de un monstruo desfigurado en la nuca, con una boca torcida llena de dientes afilados demasiado cerca de mi cuello.

En la primera planta aún hay gente apiñándose alrededor de las mesas o leyendo distraídamente en las butacas marrones de piel sintética. Mis manos tiemblan ligeramente y las escondo en los bolsillos de mi chaqueta.

Trato de calmar mi respiración mientras ignoro el ardor de las lágrimas en los laterales de mis ojos.

Dos voces se alzan suavemente por encima del silencio y distingo la silueta arrodillada de Damien delante de una vitrina. A su lado, Ophelia señala con el dedo alguna cosa escrita en el folio de papel que sujeta con su mano huesuda mientras él intenta abrir las puertas con una llave gruesa y oxidada.

Pienso en acercarme y avisarle de mi partida, pero descarto la idea inmediatamente. La parte mas irracional de mi lo odia por estar aquí, entre la multitud, mientras estaba sola en la oscuridad, con las sombras, justo por encima de su cabeza.

Una vez en el vestíbulo me detengo para calmar mi respiración y secar las lágrimas que corretean por mis mejillas.

Es la primera vez que veo las sombras en la biblioteca.

Respiro profundamente un par de veces y dejo que el peso de la decepción se asiente sobre mis hombros. El único lugar seguro que me quedaba, infestado de sombras. Genial.

La biblioteca era mi búnker, mi habitación del pánico. Ahora me he quedado con las manos vacías.

Me siento completamente derrotada. Este lugar me relaja, me hace sentir cómoda, y ahora tengo que renunciar a la paz para reemplazarla por la misma actitud paranoica que me invade en todos los lugares a excepción de este.

Mis piernas se sienten pesadas y rígidas mientras me dirijo hacia la salida. Un pitido emerge del interior del bolso y salto hacia un lado, alerta, mirando a mi alrededor en busca de posibles amenazas. Después de un segundo de confusión, me doy cuenta de que el ruido es en realidad un mensaje en mi teléfono. Dejo ir un suspiro de frustración y saco el móvil torpemente de la cartera.

Es un mensaje de mi padre. “Nos vemos en cinco minutos delante de Mario’s, no llegues tarde.”

Mario’s. Buena elección. Los nachos de ese restaurante son deliciosos y el local es colorido y lleno de luz. Justamente lo que necesito ahora mismo.

Observo el vestíbulo por encima de mi hombro, irritada. Maldita sea. Me pregunto si algún día me dejarán en paz. Si alguna vez podré tener una vida normal, ser una adolescente normal, sin sombras que me persigan ni hermanos que me odien. Sin la memoria de una vida perdida sobre mi

consciencia.

Fuera, el aire es limpio y huele al frío otoñal que cambia el color de las hojas de los árboles y marchita las flores del campo. Son las ocho de la tarde y el mundo está lleno de vida, una explosión de colores diferentes y de sonidos de todo tipo impregnan las calles: las bocinas de los vehículos, las voces de las personas que pasean despreocupadamente, un perro ladrando en la lejanía y el ruido de cubiertos y platos siendo retirados de las mesas en un restaurante al otro lado de la acera.

Las luces de las farolas, de los coches y de las ventanas de los edificios crean un ambiente pintoresco y reconfortante que me recuerda en cierto modo a Portland.

Me encanta observar el mundo de noche. Y si no fuera por las sombras, hasta me atrevería a decir que me gusta más la oscuridad que los seguros rayos del sol.

Por supuesto, la luna coronando la noche y las estrellas brillando a su alrededor le dan un carisma al cielo nocturno que el sol nunca podría compensar.

Pero donde el sol es cálido, la luna es fría y distante. Como el hielo, como la nieve. Las cosas más bonitas son las que no puedes alcanzar sin sentir dolor a cambio.

Mario’s está tan solo a dos calles de distancia de la biblioteca. Siento la necesidad de girarme y ojear las ventanas del segundo piso para comprobar que las paredes – que el edificio- sigan ahí. Pero sé que no veré nada más que la tenue luz de las bombillas y el esbozo de algún mueble.

Las sombras desaparecen sin dejar rastro después de hacer su aparición. Intentan acercarse a mi para atormentarme, incomodarme, pero siempre se desvanecen cuando les doy la espalda y salgo corriendo.

Además, solo aparecen cuando estoy sola. Este pensamiento me relaja en cierto modo. No existe la posibilidad de que alguien - a parte de mi- salga herido. Los demás están fuera del alcance de las sombras.

El semáforo está en rojo mientras un grupo de personas a ambos lados de la calle esperan impacientemente la luz verde para empezar a moverse de nuevo, antes de que el frío les entumezca los pies y les desgarre la piel de la cara con sus garras.

Me acerco al paso de zebra y me detengo al lado de una señora que lleva un abrigo tan largo que casi le roza los pies. A penas se le ve la cara a través de la gruesa bufanda que le rodea el cuello y desprende un agradable perfume de vainilla cada vez que cambia el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

El pitido insistente de un coche llama mi atención y dirijo la mirada hacia mi derecha, donde decenas de coches esperan su turno para avanzar y continuar su camino a través de la bifurcación más abarrotada de Camden. Hay más tráfico del que estoy acostumbrada a ver en el pueblo, pero nunca había salido un viernes por la noche.

Muchos estudiantes vuelven a sus casas después de otra semana en la universidad, otros vuelven de sus trabajos, exhaustos después de un largo día lleno de obligaciones que atender. Me pregunto si mi padre estará atrapado en alguna de las largas hileras de coches que esperan con sus motores encendidos, maldiciendo al vehículo delante del suyo mientras pulsa la bocina del claxon frenéticamente.

Nunca he entendido por qué la gente hace eso. Pulsar insistentemente el claxon no hará que el semáforo cambie de color milagrosamente.

A excepción de que el rojo acaba de desaparecer y el vibrante color del verde, como dos pulgares hacia arriba, invita a los conductores a continuar con su trayecto.

El coche que encabeza la cola se pone en marcha rápidamente y desaparece por la avenida. Los demás no pierden el tiempo y le siguen obedientemente.

Antes de poder ver nada, escucho el chirrido de ruedas sobre el pavimento y el sonido de una colisión de acero contra acero, seguido por el eco de otros dos ruidos estridentes que siembran la calle de pánico y gritos mientras el tráfico se detiene bruscamente y un maremoto de personas empiezan a correr en todas direcciones.

Una oleada de confusión y pánico se desenvuelve en mi pecho mientras doy un paso ausente hacia delante, con la boca entreabierta y una pregunta a medio formular en la punta de mi lengua.

Fragmentos de acero de lo que había sido el capó de uno de los coches están esparcidos por el suelo, juntamente con el quebrado cristal de las ventanas. La resta de la estructura está arqueada de forma muy inusual hacia su interior, sin mencionar que de alguna forma ha terminado encima de otro coche, las ventanas del cual también están rotas. Algunas abolladuras decoran las puertas y la parte trasera de los vehículos, y los parachoques están hinchados, reteniendo a los pasajeros de salir volando

por el parabrisas.

Hay dos coches más a unos pocos metros de distancia, uno de ellos de bruces contra la fachada de un edifico, igual de destrozado que los anteriores, y el impacto del último vehículo contra una de las farolas de la acera ha causado que la luz parpadee irregularmente.

En la lejanía, el eco de la sirena de una ambulancia y los gritos de horror de la gente resuenan en mi cabeza como si estuviera viendo la escena a través de una pantalla. El mundo se mueve a cámara lenta y el sonido de mi respiración se alza sobre el alboroto del accidente, palpitando en mis orejas.

Mis ojos están clavados en el coche que ha quedado sepultado bajo el otro, donde unas figuras brillantes aletean alrededor del cuerpo inconsciente y cubierto de sangre del conductor.

El color rojizo de sus alas es más vibrante y profundo que las propias gotas de sangre que brotan de las heridas del hombre.

Se mueven graciosamente, saliendo y entrando por los huecos de las ventanas dando círculos mientras baten sus alas frenéticamente.

Dos hombres vestidos con uniformes anchos y grises tratan de sacar al conductor del vehículo mientras las figuras revolotean por encima de sus cabezas, pasando totalmente desapercibidas. Bomberos. Me pregunto cuándo habrán llegado.

Más y más gente se une a la conmoción y la alfombra de cristal cruje bajo las suelas de sus zapatos, mientras policías y paramédicos y más bomberos con herramientas que no reconozco luchan contra la muerte, que se prepara para recoger las almas que han quedado sin cuerpo y llevarlas a donde quiera que vayan las almas.

Las figuras vuelan hábilmente entre los cuerpos en movimiento como si para ellas se tratara de un juego de obstáculos, algo divertido, como si no hubiera gente muriéndose en esos coches en sus propios charcos de sangre.

Si mi corazón tuviera piernas, a estas alturas estaría a kilómetros de distancia de mi.

Sin previo aviso, las figuras salen disparadas hacia el cielo con movimientos circulares. Un tornado del rojo más profundo y estridente se desvanece abruptamente en un mar de estrellas, dejando a su paso el rastro de un fuego que parece quemar el aire a su alrededor.

Observo mi entorno; las imágenes ganan nitidez, el ruido del miedo audible de nuevo.

Hay demasiado color. Demasiado rojo, demasiada sangre.

No puedo mantener la vista en dirección al desastre de acero y cuerpos rotos. Mis ojos protestan ante la molesta luz de los coches policiales y de las ambulancias.

Solamente cuando trago saliva me doy cuenta de la sequedad en mi garganta. Me pregunto si habré respirado o parpadeado alguna vez en el último minuto.

Lucho contra el impulso de arrodillarme y echar a llorar. Nadie más parece haberse dado cuenta de lo sucedido y no puedo evitar sentirme sorprendida ante ello. Esas cosas con alas han aparecido en plena calle, rodeados de gente, de ojos que podrían verlas, y sin embargo han pasado completamente desapercibidas.

Mi móvil suena y vibra al mismo tiempo dentro del bolso y respondo rápidamente al nombre de mi pantalla, esperando lo peor.

-”Ada, gracias a Dios, ¿dónde estás?”

Dejo ir un suspiro de alivio y medio sollozo mientras aprieto el móvil contra mi oreja. La presión en mi pecho ha desaparecido en cuanto la voz histérica de mi padre ha salido por el micrófono del móvil.

-”Delante de la biblioteca, ¿dónde estás *tú*?”

-”En el aparcamiento del muelle. ¿Es verdad que ha habido un accidente de tráfico?” Su voz es dolorosamente insegura, impregnada de miedo, “¿estás bien, cielo?”

-”Sí papá, estoy bien, no me ha pasado nada. Aunque no puedo decir lo mismo por las personas dentro de esos coches.”

La imágen del conductor ensangrentado rebota en mi mente como una pelota de ping pong.

Deja ir un breve suspiro.

-”La policía ha cerrado las calles que llevan hacia el centro y uno de ellos me ha dicho que ha habido un accidente de tráfico. Me ha contado que algunos peatones han estado involucrados en el accidente y no he podido evitar entrar en pánico. Tenía que saber si estabas bien, si te habías visto

involucrada de algún modo en el accidente.”

Me giro automáticamente para observar la escena que se desarrolla a varios metros de distancia. Los bomberos han logrado sacar a los pasajeros de sus vehículos destrozados y algunas ambulancias se alejan a toda prisa, con las alarmas encendidas a todo volumen. La policía ahuyenta a los peatones curiosos mientras acordona el perímetro en el que ha sucedido el accidente.

No me había planteado que alguno de los coches hubiera podido atropellar a alguien antes de chocar contra la pared o la farola.

Me estremezco ante la posibilidad.

Me pregunto cuántas personas han resultado víctimas de este accidente. Me pregunto también cuántas de ellas no podrán volver a casa nunca más.

Después de la muerte de mi madre, recé por primera vez.

Le pedí a Dios que la cuidase y que le diera un par de alas blancas y brillantes como las que solía pintar ella en sus cuadros. Le pedí también que si alguna vez quisiera echar el tiempo hacia atrás, que se llevara mi vida en vez de la de Jenna Wilhem.

Ella ya tenía una familia antes de conocerme. No es justo que siga llenando el espacio de una vida que me dio sin pedir nada a cambio. No es justo que ella no esté y yo sí. Lo que sucedió esa noche debería haber acabado conmigo, pero por alguna razón el destino decidió condenarme a algo mucho peor que mi propia muerte.

Hoy rezaré por segunda vez. Para todas las personas que probablemente se dirigían a sus casas, junto a sus famílias, y que han terminado sin más remedio que luchar por sus vidas, cubiertos en su propia sangre en una noche helada de otoño.

-”En diez minutos estoy en el muelle, espérame ahí.”

-”No, ahora vendré a buscarte, no quiero que vayas sola por-

Le interrumpo antes de terminar la frase, mi voz algo más áspera de lo que hubiese querido.

-”Necesito tomar el aire y estar sola. No te preocupes, iré directamente hacia el muelle. Hasta luego.” Cierro la llamada y guardo el móvil de nuevo en mi bolso.

Mi boca está demasiado llena de palabras que nunca he tenido la oportunidad de hablar. Las letras del abecedario están desordenadas en mi mente. No estoy preparada para responder preguntas ni para ofrecer detalles, mucho menos para dar un reporte sobre mi estado emocional.

Me alejo por la avenida sin mirar hacia atrás, con la esperanza de que el frío congele mis pensamientos. Desearía que el tiempo pudiera congelarse como se puede congelar el agua o las puntas de mis dedos. Porque cuando todo está congelado, no notas nada: no hay dolor. Tal vez el frío me queme un poco, pero en el fondo sé que no es nada más que lo único que me merezco.

Capítulo 4

4

El paseo junto el muelle está desierto. La luna brilla en el ecuador del cielo y el aire huele a sal y tierra húmeda. La brisa helada que el mar arrastra con sus olas despeina los mechones de pelo que han escapado de mi trenza y los esparce por mi cara.

Después de caminar a paso rápido durante diez minutos, mi cuerpo se siente tan rígido y frío como un bloque de hielo. Las puntas de mis dedos están rosadas, también las orejas y gran parte de mi nariz. Debí haberme llevado la bufanda y los guantes antes de salir de casa.

Al final de la calle, bares y restaurantes están a rebosar de gente. Puedo imaginarme la calidez dentro de los locales, el olor a comida que se escapa por las puertas de la cocina y el ardor del whisky bajando por mi cuello. Si me concentro lo suficiente, consigo escuchar el murmuro de sus voces por encima del rugido de las olas que empujan las barcas ligadas a los bolardos de piedra.

A mi derecha, las oscuras aguas del Atlántico se funden con el brillante firmamento en el horizonte. Una baranda separa el paseo del mar.

Una figura vestida en una gabardina larga y unos pantalones ajustados está apoyada en la barandilla de hierro del mirador, con la mirada perdida hacia las estrellas.

Dejo ir un suspiro y me tomo mi tiempo en recorrer la distancia que nos separa.

Me pregunto qué clase de pensamientos rondan por la mente de un hombre como él en un lugar como éste. En cierto modo, la noche le favorece.

Si Jenna estuviera aquí, inmortalizaría este instante sobre un lienzo. Pintaría la silueta de un hombre solitario sobre una infinidad de cielo añil, con un par de decenas de puntos plateados esparcidos por encima de su cabeza.

A escasos metros de mi, se encuentra el director del Hospital más importante de Maine: Alexander Wilhem, heredero de dos mansiones, poseedor de terrenos con más hectáreas de las que puedo contar y dueño

de numerosas acciones en distintas empresas repartidas por todo el país.

A pesar de la grandeza de su apellido, bajo la luz de la luna y de las estrellas no es más que un hombre de carne y hueso, con algo de argento en su pelo y un par de arrugas debajo de los ojos.

El sonido de mis pasos acercándose delata mi presencia y se gira distraídamente, incorporándose de golpe cuando sus ojos se encuentran con los míos y una sonrisa cansada se dibuja en sus labios.

Se aparta perezosamente de la barandilla mientras da un paso hacia adelante y aparta ambas manos hacia los lados, dándome la bienvenida.

Apresuro mis pasos hacia él y entierro mi cara en el suave material de su abrigo. La fuerza con la que sus brazos rodean mi espalda y la risa familiar que resuena por encima de mis orejas llenan mis ojos de lágrimas amargas que a penas puedo contener.

Decenas de palabras vacías colgadas en el aire nos separan el uno del otro. No importa cuantos abrazos le de o cuantas veces me acaricie la cabeza, el eco de todas las cosas que enterramos en nuestros corazones crea barreras, límites, que te aíslan y te catapultan lejos de los demás.

Me esfuerzo en engullir la avalancha de emociones que amenaza con ahogar la poca fortaleza mental que me queda.

No cabe duda de que lo sucedido esta noche ha despertado recuerdos que ambos hemos tratado de apartar de nuestras mentes durante semanas. La catástrofe de la muerte aún es reciente en nuestra memoria. Es una cicatriz más grabada para siempre en mi cuerpo.

Después de unos segundos, rompe el abrazo y descansa sus delicadas manos sobre mis hombros. Me mira a través de los ojos de una persona que a penas a dormido en los últimos días. Huele a desinfectante de manos y café.

A sus espaldas, el mar se ha vuelto del mismo color que la luna.

-”¿Estás bien?”

Nunca me acostumbraré a esta pregunta. Antes de conocer a los Wilhem no tenía que preocuparme por responder esa clase de formalidades. Es extraño tener que resumir en breves palabras de qué color está teñido tu mundo cuando ni siquiera sabes con certeza si a los demás realmente les importa o no.

Y yo pertenezco a ese grupo de personas que ni siquiera son capaces de

contestar sinceramente a sus propias preguntas.

-”Sí, todo bien.” Sonrío y me encojo de hombros.

Sonríe débilmente y asiente con la cabeza. “Hoy ha sido un día muy largo. Necesito unos buenos tacos y algo de cafeína.”

-”Lo que necesitas es dormir, papá. Basta de cafeína por hoy.”

Deja ir un suspiro y su aliento se convierte en el mismo humo que me fascinaba ver salir por las chimeneas a lo alto de las casas cuando era pequeña.

Pero esas chimeneas no son más que meros recuerdos mal dibujados que se han quedado atrapados en algún rincón de mi mente. Sacudo la cabeza para apartar un mechón de pelo que se me ha metido en los ojos. Dejo que el viento arrastre consigo mis memorias.

Cansada, hambrienta y helada de frío, caminar veinte minutos hacia el centro deja de parecerme una buena idea.

-”¿Podemos ir a cenar en algún lugar cercano? Mario’s está algo lejos y es imposible llevarnos el coche. Y si tengo que seguir más tiempo en la calle me tendrás que amputar las manos y los dedos de los pies.”

A penas puede disimular la decepción de su cara mientras asienta con la cabeza y fuerza una sonrisa. No es ningún secreto que la comida mexicana a cautivado el paladar de mi padre. Seguramente habrá soñado despierto durante toda la tarde sobre los tacos con los que pretendía llenarse la barriga. No puedo evitar sentir una punzada de arrepentimiento. Tal vez le deje tomarse una última taza de café, después de todo.

Gira la cabeza en dirección a los restaurantes que hay al final de la calle. “Hay un par de restaurantes abiertos,” señala con la barbilla hacia un lado para que siga la dirección con la mirada.

-“¿Te parece bien?”

-”Claro”

Me conduce con una mano en mi espalda hacia el final del paseo, donde la acera está repleta de coches aparcados delante de los restaurantes.

Las fachadas de las casas a mi izquierda están curtidas por la sal y la brisa marina que desordena el agua durante todos los meses del año.

En verano, el paseo está lleno de heladerías y vendedores de globos en forma de animales. También hay puestos de comida rápida y puntos de información para los turistas. Regalan panfletos, mapas y ejemplares de la revista local de Camden, que explica de una manera muy general la historia del pueblo y desvela lo puntos turísticos más atractivos para visitar.

Tomé uno de esos mapas para estudiar un poco la zona y hacerme una idea de la extensión del bosque.

Me muerdo el interior de la mejilla. Aún no he podido explorar la ruta este. Espero que mi intuición esté en lo correcto y se una con uno de los senderos existentes que conduce directamente hacia la fuente.

Aún no he tenido la ocasión de hablar con mi padre y convencerlo para que me deje ir una última vez al bosque antes de que el mal tiempo de Maine me lo impida hasta la próxima primavera.

Tal vez si le prometo no ir sola se tranquilice un poco. Además, la nieve se está deshaciendo y no se anuncian nuevas tormentas hasta principios de Diciembre.

Convencer a Biddie para que sea mi acompañante resultará relativamente fácil mientras le prometa algo a cambio. Como por ejemplo dejarme arrastrar a un centro comercial y ser su colgador personal durante un día.

En relación a las sombras, estaré a salvo mientras Biddie esté conmigo. Pero las luces… si volviera a repetirse la experiencia de ayer… de eso ya no estoy muy segura.

Aún así, parece un buen plan. Me aclaro la garganta mientras selecciono mentalmente las palabras más convenientes y un par de piropos de mi arsenal.

-”Papá, hay una cosa que quería comentarte-”

-”Espera.” Deja ir un suspiro forzado y el lugar donde su mano había estado en mi espalda se siente frío. Mientras habla, dirige la mirada hacia delante e inspecciona con mucho interés un árbol semi desnudo que hay al final de la calle.

- “Sé que te prometí tomarme unos días libres del hospital hasta el fin de semana que viene – y créeme que nada me gustaría más en este momento – pero hay ciertos asuntos urgentes que requieren de mi intervención y no podré ausentarme hasta que todo se solucione, ¿lo entiendes, verdad?”

Me mira por el rabillo del ojo y asiento silenciosamente con la cabeza. No es sorprendente que mi padre cancele sus vacaciones y eche a perder en el último momento todos nuestros planes por alguna "urgencia imprevista".

Una vez tuvimos que cancelar un viaje a Europa tres horas antes de tomar el avión. Hace unos meses, me llamó cinco minutos antes de mi graduación del instituto para informarme de que llegaría dos horas después de lo planeado.

Normalmente se convoca una reunión importante en el último minuto o surge un problema urgente que hay que solucionar.

No sé qué contratiempo habrá surgido esta vez, pero por la expresión frustrada de mi padre considero que sería mejor no preguntar. Especialmente porque ha utilizado palabras que no me dan ningún indicio sobre la naturaleza del problema. Y eso es una mala señal.

A pesar de estar acostumbrada, el poco ánimo que me queda se esfuma y mi interior se siente como un globo deshinchado. Supongo que ahora es mi turno para tratar de disimular la decepción de mi cara. Esperaré hasta después de la cena para hablarle sobre mis planes con el bosque.

El impacto de un pensamiento levanta todas las banderas rojas en mi mente y el aire tropieza momentáneamente en mis pulmones.

-"Un momento, ¿Cuándo volverás a Portland?"

-"Mañana por la tarde."

-"¡¿Tan pronto?!"

-"Sí. En teoría no debería estar aquí. Tendría que haberte llamado para comunicártelo, pero quería venir personalmente a asegurarme de que tú y tus hermanos estáis bien.

-"¿Y Elián?" Pregunto con un hilo de voz, "¿Volverá mañana?"

-"Elián se quedará en el campus de la universidad hasta el próximo viernes. Al parecer, no puede concentrarse en casa. Dice que tus hermanos hacen demasiado ruido y que estudiar resulta imposible con ellos gritando y correteando por casa." Se encoge de hombros como si lo que acabara de decir fuera una estupidez. "Personalmente creo que exagera un poco. Yo también trabajo des de casa a veces y puedo concentrarme perfectamente, pero ya sabes como es este chico, no entiendo por qué es tan quisquilloso."

Siento como mi corazón se hunde en las profundidades de la desesperación. Por un breve momento pensé que las tragedias habían terminado por hoy, pero andaba lejos de estar en lo cierto.

Preferiría que me arrojasen en una arena para luchar contra un león hasta la muerte antes de pasar una semana a solas con Ivor y Dan en la misma casa.

Al menos el león me dejaría en paz después de abrir mi cuerpo en canal y comerme viva. Ivor y Dan continuarían torturándome hasta después de la muerte y luego me seguirían en otra vida a través del espacio y el tiempo para seguir haciéndolo.

Trago saliva. Esto no puede estar pasando.

Trato de disimular mi nerviosismo. Me seco el sudor de las palmas de las manos con el abrigo.

Mi estómago suelta un gruñido que capta la atención de mi padre.

-”Parece que alguien tiene hambre.” Me da dos palmaditas en la espalda mientras se ríe un poco y abre la puerta de uno de los restaurantes.

Sonrío mientras asiento ausentemente con la cabeza. Eso ha sido un grito de auxilio, no la manifestación del hambre. Mi apetito se ha evaporado misteriosamente en cuanto las caras de mis hermanos han aparecido en mi mente.

Son pasadas las nueve cuando el Land Rover negro sale del aparcamiento con un poco de dificultad y toma las calles estrechas y vacías hacia la salida del pueblo.

Mi padre se ha quejado durante toda la cena sobre sus compañeros de trabajo mientras atacaba ferozmente su plato de pasta, sonriendo y saludando amablemente cuando alguien se acercaba a nuestra mesa para conversar con él.

El local no era tan cálido como parecía des de fuera, aunque el plato de sopa que devoré hizo un buen trabajo en devolverle la calidez a mi cuerpo.

Terminamos cenando en un restaurante cualquiera del paseo. Ni siquiera

me acuerdo del nombre.

Durante el trayecto, papá me cuenta todas las cosas que más le han echo enfurecer durante el día de hoy, seguido por algunas anécdotas de su juventud y más y más quejas sobre el tiempo y el precio de la gasolina.

Estoy tan cansada que a penas puedo concentrarme en la conversación. Me dedico a asentir con la barbilla y sonreír de vez en cuando.

No tardamos mucho en adentrarnos en el bosque. Pinos altos como rascacielos se esparcen de un lado a otro a nuestro alrededor mientras seguimos una carretera llena de baches y grietas.

La luna baña los árboles en su pálida luz plateada e ilumina el sendero mal pavimentado que finaliza en una valla metalizada que hay que abrir manualmente.

Un camino de lodo húmedo y una mezcla de piedras de diferentes tamaños conduce hasta la valla de madera y pequeños arbustos que rodea Harbour, separando la casa del bosque.

Durante los cuatro veranos que he vivido en Camden he explorado un millón de veces el bosque que rodea el pueblo y que se extiende hacia el norte del estado. Primero empecé a inspeccionar los alrededores de la casa, familiarizándome con la ubicación de los árboles y con la pendiente del terreno.

Luego me adentré en el bosque y lo fraccioné en zonas que descubriría durante los meses de verano, siguiendo las rutas del mapa y creando nuevos caminos que conectan diferentes rutas y sectores específicos del bosque entre ellos.

Nunca me ha dado miedo adentrarme en el bosque. Aún así, debo admitir que no hay nada más intimidante que la apariencia de uno cuando es de noche. Es el escondite perfecto para un par de sombras y quién sabe qué otras cosas.

Mi carácter aventurero se manifestó ya en mis primeros años de vida, y mi primera gran hazaña fue escapar del bloque gris de cimiento en el que vivía por aquel entonces. Escondido detrás de una arboleda, había un pequeño desnivel en el suelo; un diminuto agujero que comunicaba el patio trasero del orfanato con la parcela de árboles que se extendía hasta la carretera.

No debía de tener más de cinco años. Con un vestido de pana amarillento y unas medias blancas agujereadas, gatee por el hueco de tierra que se

abría justo debajo de la valla de metal entrelazado.

Había más razones para intentar escapar que para tratar de adaptarme a mi vida.

Llevaba semanas ojeando la arboleda, considerando si valía la pena recibir el castigo por salir de la institución sin permiso, y decidí arriesgarme.

Quería estar lejos, muy lejos, cuando la noticia de mi desaparición se abriera paso entre las bocas de los demás hasta dar con las orejas del director Pete.

Pensé que una vez fuera, sabría qué hacer o hacia dónde ir. Pensé que me sentiría aliviada, que la presión que aplastaba mi corazón se desvanecería, pero mientras corría con todas mis fuerzas, esquivando árboles y raíces enroscadas medio sepultadas bajo la tierra, el vacío en mi interior se había llenado de mariposas que cosquilleaban las paredes de mi estómago con sus alas.

El pánico estaba a punto de tomar el control de mi mente.

Después de finalizar una carrera que pareció durar una eternidad más de lo que realmente fue, jadeando y temblando, dí con la carretera. Eché un vistazo por encima de mi hombro para mirar hacia atrás. El conjunto de edificios se dibujaba entre la niebla como una pintura sumergida bajo el agua, oculta en la lejanía tras los altísimos pinos de hoja perenne.

Mis mejillas estaban congeladas, aunque escuchaba el bullicio de la sangre correr velozmente por mis venas y subiendo hacia mis orejas. Hacía frío, esa mañana.

Seguí la carretera hacia el norte, en dirección contraria del pueblo, oculta entre la niebla y protegida por el escudo de pinos.

El frío iba invadiendo mi cuerpo violentamente. Nunca había percibido el frío como aquel día; feroz, corrosivo e implacable. “Tengo que aguantar… seguro que alguien me ayudará a salir de aquí y me llevará lejos, sí, me llevará lejos y todo terminará...” Repetía como un mantra cada vez que notaba un cosquilleo detrás de los párpados y mi cuerpo se tambaleaba del cansancio, amenazando con desplomarme sobre el rudo pavimento de la carretera.

Pero parecía que la soledad y yo estuviéramos caminando de la mano, solas, huérfanas, en un mundo gris y desolado.

Finalmente, después de lo que ahora consideraría una media hora, divisé los faros amarillentos de un coche que se aproximaba lentamente por la colina, y me aferré con todas mis fuerzas a la promesa de una vida nueva

que recitaba con los labios secos y cortados, abrazando mi frágil y diminuto cuerpo mientras me esforzaba en juntar la poca fortaleza que me quedaba para poner un pie delante del otro.

La vida escapó de mi cuerpo en un último aliento.

El coche se detuvo y una figura robusta salió del vehículo, con la cara desfigurada por la ira y las manos abiertas, preparadas para arrastrarme forzosamente hasta el asiento trasero mientras lágrimas amargas se escurrían por mis mejillas.

Me había encontrado un monstruo peor que cualquier sombra.

Noto algo de tensión en mi mandíbula. Cierro los ojos y aprieto los párpados. Ahora no. He tenido suficiente por hoy.

La valla se cierra con un chirrido mientras mi padre aparca el coche delante del garaje.

Una monstruosidad de piedra y madera con barrotes en las ventanas de la planta baja se alza imperiosamente delante de mis ojos.

Consta de dos pisos – seis habitaciones en total- y una buhardilla revestida de caoba con enormes ventanales de cristal que ofrecen una vista preciosa del bosque.

Hace varios minutos que mi padre ha dejado de hablar y una arruga horizontal se dibuja de un extremo al otro de su frente mientras observa el volante con el ceño fruncido.

Lo miro en silencio durante unos segundos.

-”La arruga de la preocupación,” señalo con un dedo hacia su frente, “y los ojos desenfocados como los de un pez,” le pincho la barbilla con suavidad, “te delatan. No sabes disimular cuando algo te afecta.”

Suelta un suspiro y se frota la cara con ambas manos.

-”Tú tampoco.”

Me giro y observo por la ventanilla como un insecto vuela por debajo de la luz anaranjada de las farolas que iluminan el jardín mientras se da de bruces una y otra vez con todas ellas.

Me encojo de hombros. “Puede ser.”

Después de lo que parece ser una eternidad, la voz de mi padre interrumpe el silencio de la noche. “He contratado a una persona para que

se encargue de Dan y de Ivor mientras esté fuera. Ya sabes, para asegurarme de que van al colegio y que duermen por las noches en vez de jugar con la consola.” Se masajea las sienes con las puntas de los dedos mientras sigue, “Es una mujer… Nicola. Es muy agradable; te caerá bien.”

Sin saber muy bien qué contestar, asiento con la cabeza. Parte de la tensión en mi pecho desaparece poco a poco mientras asimilo las palabras de mi padre. La idea de no tener que hablar o encargarme personalmente de mis hermanos pequeños se siente como una ducha cálida después de pasar horas expuesto a una tormenta de nieve sin nada más que la propia piel para cubrirse.

Empujo la oleada de alivio a un lado y clavo los ojos otra vez en la figura esbelta que parece estar a punto de dormirse en cualquier momento.

-”Aparentemente Nicola no es la razón por la que esa arruga aún sigue pegada a tu frente.”

Levanta una mano en el aire como si quisiera ahuyentar mi comentario y abre la puerta para salir del coche. Hago lo mismo mientras abrazo el bolso con ambas manos y cierro la puerta con un pie.

Le sigo hacia la entrada, impaciente. Cinco segundos en contacto con el gélido aire de la noche ha sido suficiente para repartir temblores por todo mi cuerpo. A mi derecha, las aguas del estanque son oscuras, y si no supiera que la profundidad de este es de a penas un metro, apostaría lo que fuera a que carece siquiera de un limite.

La puerta se abre sin hacer ningún ruido y me escabullo rápidamente por el hueco entreabierto que mi padre sujeta para mi. Vuelve a cerrar la puerta y echa el seguro.

Guardo la chaqueta y las botas en el armario y prosigo a revisar toda la planta baja. Todas las ventanas están cerradas y las puertas acristaladas que dan al jardín, tanto a la parte frontal como a la trasera, están bloqueadas e iluminadas por una pequeña bombilla en la parte exterior.

-”¿Todo bien?”

-”Sí.” Hecho un último vistazo a la planta baja antes de apresurarme por las escaleras hacia el primer piso.

El eco de dos voces retumba por el pasadizo y me dirijo rápidamente hacia mi habitación para evitar un encuentro con alguno de mis hermanos a toda costa.

Una vez dentro la seguridad de mi pequeña cueva, me pongo el pijama y me escondo debajo de las mantas en un intento por descongelar mi cuerpo.

Dos golpecitos en la puerta aceleran mi pulso y saco la cabeza de su escondite sin saber muy bien qué hacer.

-”Ada, soy papá, ¿puedo pasar un momento?”

Dejo ir un suspiro y bajo perezosamente de la cama. El suelo está frío bajo mis pies mientras me dirijo hacia la puerta y la abro sin hacer demasiado ruido.

Mi padre está vestido en su pijama verde de lana y un albornoz rosa – mi albornoz- que le va bastante ajustado. Trato de contener la risa mientras me aparto del umbral y le invito dentro.

-”¿Se puede saber qué haces con mi albornoz?”

Por la tensión en las comisuras de sus labios, deduzco que también está ahogando una sonrisa.

Se acerca a mi mesita de noche y deja la taza que lleva entre las manos con delicadeza, mientras me dedica una mirada que significa: “como te rías te voy a tirar por la ventana”.

-”¿Es chocolate?”

-”Té de lavanda. Para ayudarte con el insomnio.”

-”Sabes, Damien me ha dicho lo mismo hoy. Que me tome un té por las noches. Aunque no ha especificado qué tipo de té.”

Deja ir una risa por debajo de su aliento mientras se dirige hacia mi y me da un beso en la frente.

-”Tómate el té y trata de descansar. Nos vemos mañana.”

-”Papá, espera.”

Se detiene justo antes de salir por la puerta y me mira a través de esos ojos cansados. Da la sensación de que se le caerán en cualquier momento.

-”Aún no me has contado porque llevas puesto mi albornoz.” Esta vez no puedo contener la risa y dejo ir un par de carcajadas mientras levanta la

mano y me dedica un gesto obsceno. Se siente bien reír. Reír de verdad.

-”He olvidado mi albornoz en la casa de Portland, y como tu tienes dos he decidido usar el tuyo. Y al contrario de lo que puedas pensar, creo que el rosa me favorece bastante.”

Sale por la puerta mientras ondea una mano y me asomo por el umbral para ver como se aleja por el pasillo. Se detiene delante de la puerta de Ivor y la abre con brusquedad.

Mi hermano explota en carcajadas y escucho el suspiro impaciente de mi padre mientras le ordena que cierre el ordenador y se vaya a dormir.

De nuevo sola, tomo la taza humeante entre mis manos y pruebo un sorbo de té.

La luna descansa encima de los pinos más altos del bosque. Qué desastre de noche tan bonita.

Alzo la vista hacia el cielo.

Ese día, el director Pete me llevó de nuevo al orfanato. Me cubrió las piernas y los brazos en moratones, como era de esperarse. También un ojo y parte de mi mejilla.

Les contó a los empleados que había resbalado mientras corría y me había caído rodando por el suelo, dándome de bruces contra los árboles y las piedras. Cuando me encontró, estaba hecha un desastre de barro y sangre. Eso es lo que dijo.

Ninguno de ellos le creyó, aunque tampoco levantaron un dedo para defenderme o ayudarme. Todo el mundo en ese lugar sabía qué clase de monstruo se escondía detrás de su apariencia de hombre caritativo y compasivo.

Dejo la taza sobre la mesita de noche y me estiro sobre la cama.

Cierro los ojos mientras le pido a Dios, al cielo, a cualquier cosa, que cuide de las personas que hay ahora mismo en los hospitales, luchando por sus vidas. Que les de fortaleza a sus seres queridos para que no se derrumben y se pierdan a si mismos en el dolor. Y que les conceda un par de alas blancas a los caídos. Suaves y ligeras, así, como las pintaba mamá en sus cuadros.